

# A la Flor de Gnido

Garcilaso de la Vega

(c. 1501–1536)

Si de mi baja lira  
Tanto pudiese el son, que en un momento  
Aplacase la ira  
Del animoso viento,  
Y la furia del mar y el movimiento;

Y en ásperas montañas  
Con el suave canto enterneciese  
Las fieras alimañas,  
Los árboles moviese,  
Y al son confusamente los trajese;

No pienses que cantado  
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,  
El fiero Marte airado,  
A muerte convertido,  
De polvo y sangre y de sudor teñido;

Ni aquellos capitanes  
En las sublimes ruedas colocados,  
Por quien los alemanes  
El fiero cuello atados,  
Y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella  
Fuerza de tu beldad sería cantada,  
Y alguna vez con ella  
También sería notada  
El aspereza de que estás armada;

Y cómo por ti sola,  
Y por tu gran valor y hermosura,  
Convertida en viola,  
Llora su desventura  
El miserable amante en su figura.

Hablo de aquel cautivo,  
De quien tener se debe más cuidado,  
Que está muriendo vivo,  
Al remo condenado,  
En la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,  
Del áspero caballo no corrige  
La furia y gallardía,  
Ni con freno le rige,  
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano  
No revuelve la espada presurosa,  
Y en el dudoso llano  
Huye la polvorosa  
Palestra como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,  
En lugar de la cítara sonante,  
Tristes querellas usa,  
Que con llanto abundante  
Hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo  
Le es importuno, grave y enojoso;  
Yo puedo ser testigo  
Que ya del peligroso  
Naufragio fui su puerto y su reposo.

Y ahora en tal manera  
Vence el dolor a la razón perdida,  
Que ponzoñosa fiera  
Nunca fue aborrecida  
Tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada  
Ni producida de la dura tierra;  
No debe ser notada  
Que ingrataamente yerra  
Quien todo el otro de sí destierra.

Hágate temerosa  
El caso de Anaxárate, y cobarde,  
Que de ser desdeñosa  
Se arrepintió muy tarde;  
Y así, su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando  
Del mal ajeno el pecho empedernido,  
Cuando abajo mirando  
El cuerpo muerto vide  
Del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado,  
Con que desenlazó de la cadena  
El corazón cuitado,  
Que con su breve pena  
Compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse  
En piedad amorosa el aspereza.  
¡Oh tarde arrepentirse!  
¡Oh última terneza!  
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron  
En el tendido cuerpo que allí vieron,  
Los huesos se tornaron  
Más duros y crecieron,  
Y en sí toda la carne convirtieron;

Las entrañas heladas  
Tornaron poco a poco en piedra dura;  
Por las venas cuitadas  
La sangre su figura  
Iba desconociendo y su natura;

Hasta que finalmente  
En duro mármol vuelta y trasformada,  
Hizo de sí la gente  
No tan maravillada  
Cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, señora,  
De Némesis airada las saetas  
Probar, por Dios, ahora;  
Baste que tus perfetas  
Obras y hermosura a los poetas

Den inmortal materia,  
Sin que también en verso lamentable  
Celebren la miseria  
De algún caso notable  
Que por ti pase triste y miserable.